

detalles de la fisonomía y bosquejando el traje á grandes rasgos.

—Cuanto más os miro más me convenzo de una cosa,—dijo Jorge,—de que os parecéis...

—¿A quién?

—A una señora amiga nuestra.

—No digáis tonterías, las grandes señoras y yo no estuvimos juntas jamás guardando carneros. Decidme quién es.

No tenía ninguna razón Jorge que le impidiese decirlo y ocultar á Rosa que se trataba de la condesa de Kerhoët, y se disponía á decírselo cuando la llegada de un nuevo personaje le distrajo de su propósito.

XIII

Era éste un jinete montado en uno de esos caballos rechonchos y robustos cuya raza casi desapareció y que no se encuentran más que en los alrededores de Hague, á poca distancia de Cherbourg, y que son notables por su paso cadencioso é igual que evita todo cansancio al que le monta.

El doctor Montel, que era el recién llegado, poseía uno de esos caballos para sus correrías á través de los campos, para poder

seguir los caminos ó veredas que no podía en coche.

Estaba sumamente encorvado de la misma manera que si sobre sus hombros llevase una carga muy pesada, y bajo su sombrero de anchas alas y pequeño de copa asomaban algunos mechones de cabellos completamente blancos.

Con mucho trabajo apeóse del caballo, cuyas riendas ató á una oxidada anilla clavada en uno de los pies derechos del porche, y los dos jóvenes salieronle mientras al encuentro.

—Buenos días, Doctor,—dijole Jorge.—No descansáis ni un momento visitando enfermos sin cesar.

—Volviame á mi casa y al pasar os ví.

Dirigió una prolongada mirada á Rosa, y sus labios temblaron con violencia á impulsos de su excitación nerviosa.

—¿Qué estáis haciendo? ¿Un retrato? El de la señorita Rosa Godin,—contestóse él mismo con indefinible acento.

—Lo acertasteis, Doctor.

—Está muy bien, ¿no la conociais antes, Jorge?

—Hasta hace poco no nos habíamos visto nunca.

—Es vuestra... vecina cercana,—replicó el Médico.—Por lo demás, todo es muy sencillo; no vivís en el mismo mundo; el uno es rico como Creso y la otra pobre como Job.

Callóse el Médico y á los pocos segundos llamó con voz cascada:

—¡Mariana!

—¡Voy!

Presentóse la anciana en el umbral de la puerta de uno de los establos.

—Hacedme el favor de darme un vaso de agua. He tenido un vahido. Dicen que los Médicos se encuentran siempre mejor que los demás, y eso no es cierto.

Adelantóse Rosa á la criada y sirvió el vaso de agua al Médico, mientras que Jorge se apresuraba á instalarse en su silla.

—No me encuentro bien desde hace algún tiempo á esta parte,—dijo Montel,—y es que la máquina empieza á descomponerse.

—¡Oh! ¡No digáis semejante cosa, querido Doctor!

—Sé muy bien lo que me digo.

Y dirigiéndose á Rosa después de dar esta contestación, la dijo:

—¿Por dónde anda vuestro abuelo, hija mía? ¡Qué! ¿No quiere ese testarudo de Godin hacer caso de buenas razones? Sin duda se habrá ido á beber y pasar el rato en esa abominable taberna, ¡detestable y estúpida pasión!

En el tono con que el doctor Montel dijo estas palabras, traslucíase secreta irritación que hizo colorear su rostro, muy pálido de ordinario.

—De modo que á lo que se ve, sois conocidos,—dijo cambiando de conversación y dirigiéndose á Jorge.—¿Cómo os hicisteis amigos?

—Por una casualidad. En una de mis ex-

curSIONES ví al pasar por el camino de Val á esta señorita, sentada en el tronco de un árbol caído. Sin duda soñaba, porque parecía medio dormida y su rostro me llamó la atención al notar que tenía una notable semejanza con...

—¿Con quién?—preguntó Rosa con mucha curiosidad.

—Con mi madre.

—¡Ah!—exclamó el Médico con acento balbuciente.—Os figuráis que se parece.

—Es que es una semejanza notable, casi increíble, Doctor; ¿hice mal en pedir que me permitiese hacer un boceto de su retrato?

—En lo que consentí inmediatamente,—contestó Rosa.

—Era preciso apresurarse, porque esta señorita puede permanecer poco tiempo aquí, y desde hace algunos días que no abandonamos ni un momento el trabajo. Aquí tenéis el boceto, comparad ahora, Doctor, porque me avergüenza el no poder dar á la obra todo el realce que se merece el original. Con todo, creo que podrá ser el principio de nuestra amistad...

—Pasajera,—interrumpió el Médico con acento muy rudo,—amistad que pronto se olvidará, porque supongo que ni el uno ni el otro estáis destinados á encontraros con mucha frecuencia, porque seguís caminos muy distintos.

—Tenéis mucha razón, señor Montel,—dijo Rosa.

Jorge no se conformó con las palabras del Médico.

—Los hombres no son montañas,—repliqué,—y desde Cours-la-Reine al Mercado no hay tanta distancia.

Miróle Montel con extraordinaria severidad.

—No conviene que os hagáis muchas ilusiones,—dijo bruscamente.

—Sí, no conviene hacerse ilusiones, porque á las veces son muy contrarias á la tranquilidad de las jóvenes.

—Os juro, Doctor, que no me hago ninguna,—respondióle Rosa.

—Porque lo que os rodea y veis, no es lo más á propósito para ilusionaros, y en cambio la vida os da lecciones muy duras, hija mía, ¡pobre niña!

—¡Ya concluí!—dijo Jorge.

—¿A quién destináis ese cuadro?

—¿A quién? Pues le quiero para mí, porque me recordará los mejores días de mi vida.

—¿Y me voy á quedar sin nada?—dijo Rosa.

—¿Me permitis que os lleve una copia?

—¿Vos?

—En persona, sin más vehículo que mis pies.

—Mi madre tendrá gran alegría al recibirlos; pero veréis una casa muy pobre y que no se parece en nada á vuestros lujosos salones de Morville ó de Paris. Somos muy pobres, señor Jorge.

—Con el tiempo podéis no serlo, ¿quién sabe?

El Médico moviase en su silla al oír esta conversación con tanto frenesí como si bajo el asiento tuviese un brasero encendido.

—Me olvidaba de mis enfermos,—dijo,—é hice muy mal; hasta otro rato, hija mía, tened valor para soportar las pruebas de la vida, y conservad siempre vuestro buen humor.—Volvióse hacia el pintor.—Tengo que hablaros, Jorge, ¿queréis tener la bondad de acompañarme?

Cogió una mano de la joven que estrechó muy emocionado entre las suyas al mismo tiempo que la contemplaba con acendrada ternura.

Alejóse luego bruscamente y acercándose al caballo desató las riendas echándose las sobre el cuello.

—Nos seguirá como un perro. Venid, Jorge.

Alejáronse de la casa del pescadero y al poco rato exclamó el Médico encarándose con Jorge:

—¿Sabéis lo que estáis haciendo de algunos días á esta parte? Estoy seguro de que vais á decirme que un retrato.

—Eso mismo que decís.

—Pues no es así, sino que estáis cometiendo una mala acción.

—Permitidme, querido Doctor, que os manifieste que no estamos conformes.

—Os repito que cometéis una mala acción.

—Os ruego que os expliquéis.

—¡Estáis trastornando la cabeza á esa pobre joven, despertando en ella una porción de sentimientos que hoy están adormecidos, y la deslumbráis con vuestro lujo!

Jorge de Kerhoët apoyó una mano en el brazo del Médico para interrumpirle.

—¿Queréis decirme, señor Montel, —preguntó haciendo una mueca muy expresiva, — en dónde está mi lujo? ¿En mi sombrero de paja de los más ordinarios y en mi chaquetón de pana propio de un pescador ó marinero? ¡Mi lujo!

—Se trata de cosas muy serias, amigo mío, y por mal vestido que os presentéis sois y seréis siempre el hijo del almirante conde de Kerohët y heredero de una docena de millones. Sí, es preciso que tengáis presente que esta tarde esa joven se dirá al sentarse en las duras banquetas de un coche de tercera, que por la noche, al entrar en su pobre habitación, y mañana, por la mañana, al levantarse para ir al trabajo, se dirá no sin amargura: *¡Y á pesar de esto tengo amigos que me adulan quedándose extasiados ante mis gracias, que se embelesan contemplando mi belleza, y esos amigos tienen miles y miles de francos, y si no, ahí está, por ejemplo, el señor Jorge de Kerohët, mi vecino, el amo de Morville, y como ese podría presentar otros muchos si quisiese.* ¿Os parece, querido Jorge, que esas reflexiones son buenas para inspirar valor á nadie? ¿Lo creéis?

Expresóse el doctor Montel con mucha animación.

—¡Doctor!—exclamó el joven interrumpiéndole al observar su acaloramiento.

—Conozco mucho á los hombres y sé, por haberlos tratado á fondo, el aprecio que merecen y hasta donde pueden llegar; son muy aficionados á hacer daño porque sí, y no hay necesidad de que nadie les impulse.

—Pero señor Montel...

—Soy para esa joven una especie de tutor secreto, y tengo mis motivos para defenderla. ¡Ah!—añadió después de una pausa.— ¡Si se tratase de una de esas señoritas á las que guarda su madre y rodean institutrices y doncellas, me guardaría mucho de intervenir ni de decir ni una palabra! Pero no, aquí se trata de una desventurada joven que está entregada á sus propias fuerzas, y me da lástima, aparte de que, como ya os dije antes, tengo mis razones para preocuparme con lo que hace ó deja de hacer.

—No os pregunto qué razones son esas,—repuso Jorge.

—¡Oh!—replicó.—Esas razones no tienen nada de misterioso. En otros tiempos fui amigo de la familia Godin, y tuve ocasión más de una vez de presenciar las miserias por que pasó la madre desdichada de esa joven, y soportó esas miserias con una resignación que en mi concepto es una de las formas de la virtud. En cuanto á Rosa está dotada de una energía y de un valor muy superiores á sus años; la sigo desde lejos y sé que jamás se quejó ni desfalleció, y á pesar de lo rudo del oficio á que se dedica,

nunca perdió su buen humor, ¡y bien sabe Dios que no la faltaron motivos para ello! En una palabra, Jorge, que no quiero que nadie la mime ó la adule, y vos menos que ninguno, porque por vuestra parte la falta tendria muchísima gravedad, seriais un criminal...

—¡Ah! Entonces, ¿es un crimen el amar?

Al oír esta contestación púsose muy pálido, casi lívido el Médico. ¡Amarla Jorge! ¡Amarla su hermano! ¡Esto era imposible!

—Tranquilizáos, querido señor Montel,—dijo el joven,—que no tengo la menor intención de amarla: pero si lo hiciese, mis intenciones serian tan puras como lo es el azul del firmamento.

—¡Ya lo sé, pardiez! Está bien; pero el espíritu es demasiado rápido en el obrar y débil la carne. Creo que no ignoráis cuanto os aprecio, pues que os considero como á mi hijo por serlo de mi mejor amigo. Fundándome en esto, no puedo menos de deciros que no debéis tener relaciones de ninguna clase con esa joven de la que todo os aleja. Prometedme que seguiréis mi consejo y que no trataréis de verla.

—¡Eso es pedirme un sacrificio, Doctor!

—¡Tan pronto lo calificáis de sacrificio!

—Me inspira una profunda simpatía, una amistad casi fraternal, y me causaria una pena muy grande el darla el menor disgusto.

—Veo con gusto, Jorge, que soís un hombre de honor, y me entrego en vuestras ma-

nos. Prometí velar por ella, y por desgracia no puedo estar á su lado para cumplir con más eficacia mi promesa.

Llegaron en esto muy cerca de la casa de Montel y se separaron.

Volvióse Jorge muy cabizbajo á la casa de Godin devanándose los sesos, como se dice vulgarmente, para adivinar el enigma que encerraban las palabras del Médico. En el momento en que se disponía á penetrar en el porche oyó en el camino y á su espalda, el galope de un caballo, y se volvió para enterarse de lo que ocurría. El que se acercaba era uno de los lacayos de la Duquesa, que al ver á Jorge de Kerhoët le alargó una carta.

—Es para vos, señor Jorge,—dijo.

—¿Espera contestación?

—No lo creo.

—Esperad, por si acaso.

Con un brusco movimiento rompió Jorge el sobre y rápidamente leyó la carta.

—Está bien, podéis marcharos, no tengo nada que contestar.

El lacayo espoleó el caballo y se alejó á escape de aquellos lugares.

La carta era muy lacónica. He aquí su contenido:

No vivo ni respiro desde que, á pesar de amarte con toda mi alma, Jorge de mi vida, dudo de tu cariño, y la incertidumbre en que paso la vida me mata, y quiero de una vez me tranquilices ó me condenes.

Esta noche va mi tía á Morville, en donde comerá y pasará la velada, y naturalmente irá con ella. Creo que no nos han de faltar ocasiones de encontrarnos á solas y así podrás decirme si tengo motivos para desesperarme ó si son vanos mis temores.

¡No olvides, Jorge de mi alma, que te amo y no amare á nadie más que á ti!

ELENA.

—Bien mirado tiene razón,—murmuró Jorge;—es preciso decidirse y vale más que sea ahora que dentro de algún tiempo.

Rasgó la carta en menudos pedazos que arrojó al viento y se alejó de aquellos pintorescos lugares.

Entró en casa de Godin y halló á Rosa sentada bajo el quitasol é inclinada la cabeza sobre el pecho. Al oír el ruido que produjera Jorge al entrar, irguióse con mucha viveza.

—Me habéis asustado,—dijo,—estaba durmiendo, ¡qué calor más pegajoso! Estoy segura de que en París deben asarse.

—¡Lloráis!—la dijo Jorge.

Nególo Rosa, ¿por qué había de llorar? A decir la verdad, las palabras del Médico habíanla ofendido recordándola con extremada dureza la inferioridad de su posición, y esto, á pesar de mostrarse siempre cariñoso é indulgente con ella.

Rosa no podía por menos de confesarse á sí misma que en algunos momentos faltába-

la valor; esto era una lástima; pero, ¿quién podía remediarlo? ¡Se vivía tan bién en aquellos feraces campos!... En ellos y en compañía de su madre habría necesitado tan poco, una praderita, una casa tan modesta como pequeña, rosales y verde, y sobre todo aire, mucho aire. ¿Á qué conduce desear lo que no se puede obtener? Era necesario que regresase á París y estaba decidida á hacerlo.

—¿De modo que estáis muy decidida á Marcharos?—dijo Jorge.

—Ya no me queda otro recurso, no soy libre.

—¿Me permitiréis al menos que os acompañe á la estación?—preguntóla.

Negóse Rosa, manifestando que iría á pie porque su equipaje no era muy pesado; pero insistió Jorge y al cabo tuvo que acceder á los deseos de éste.

—Vais á contribuir á que me haga engañosas ilusiones,—contestó la joven recordando su maliciosa alegría.

Sucedía esto poco antes del medio día, y Jorge se marchó llevándose todos sus utensilios, y francamente su aspecto era muy poco elegante y si más bien grotesco.

—¡Tengo todo el aire de un mozo de cor-del!—se dijo.—¿Y mi lujo?

Al llegar á Morville la primera persona á quien encontró fue á Marta, la señorita de compañía, la inglesa, como la llamaban los criados.

—¡No os mováis, miss!—exclamó Jorge

al verla.—Ahi tengo asunto para hacer otro cuadro.

—¿Queréis que os ayude á desembarazaros de todos esos chismes?—le respondió en inglés la joven.

—La oferta es de esas que no pueden rechazarse, miss,—replicó Jorge en el mismo idioma.

Marta era francesa, pero había llegado hacia muy poco de Inglaterra y hablaba el inglés con una pureza extraordinaria, tanto que al oirla habriase equivocado creyéndola inglesa.

Cogió Marta el cuadro y al ver el retrato lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Cómo me agradaría ser tan linda como el original de ese cuadro!—dijo.

—¿Lo sois tanto como ella, miss!

—¿Oh! ¡Sé perfectamente, señor Jorge, lo que valgo, pues tengo un amigo que todas las mañanas me lo advierte con entera franqueza, y es un amigo que jamás mintió.

—¿Y quién es?

—Mi espejo.

Fijábase Marta con extraordinaria insistencia en el cuadro, y no le era posible separar los ojos de él. De pronto se volvió y dirigiéndose á Jorge preguntóle con gran ansiedad:

—¿Queréis hacerme el favor de decirme cómo se llama la persona que os sirvió de modelo?

—Rosa Godin.

—¿Decis que Rosa Godin?

—Sí.

—¿Oh! ¡Dios mío!

—¿Qué tenéis miss?

—Ese nombre, esa semejanza tan notable... debía haberlo adivinado... es ella.

—¿Ella! ¿Y quién es ella?

—Una niña con la que me crié en una aldea, y con la que viví hasta que cumplí diez años. ¿Qué es de ella?

—Sigue el mismo oficio que su madre, es vendedora en el mercado.

—¿No está en el gran mercado de París?

—Sí.

—¿Pobre Rosa! ¡Cuán dichosa me consideraría pudiéndola ver!

—No hay nada más fácil que verla, pero es preciso que os apresuréis, porque hoy, por la tarde, vuelve á París.

—¿En dónde está?

—Al pie de la cuesta de Morville, en esa gran casa destartalada y derruida que es de su abuelo.

—¿Es la que llaman de los Godin?

—Sí, esa misma.

—Gracias.

A eso de las cuatro, Jorge de Kerohët, vestido á la sazón con traje elegante, apeóse de un lindo carruaje de campo, al que estaba enganchado un buen caballo de raza, y se detuvo asombrado ante el umbral de la medio derruida casa de los pescaderos.

Ante sus ojos tenía un asunto á propósito para un tercer cuadro. Las dos pobres jóvenes educadas en la aldea de Fresne estaban

abrazadas y llorando de alegría al volverse á ver tras largos años de separación.

Ambas, al oír el ruido del carruaje, comprendieron que había llegado el momento de separarse.

—Nos escribiremos,—dijeron á una.

—Te lo prometo,—dijo Marta,—porque puedo disponer de más tiempo que tú.

—Sí, escíbeme, y así tendré con frecuencia noticias de la tierra.

Jorge interrumpió estas expansiones de cariño diciéndolas:

—Los señores viajeros que van á París pueden subir al coche.

Mordiése Rosa los labios, y á pesar de sus esfuerzos para reprimirlas, asomaron á sus ojos las lágrimas.

—Estás muy triste,—la dijo Marta.

—¿Acaso no me sobran motivos para estarlo?—contestó Rosa.—Puedo considerarme como completamente abandonada de todos; mi abuelo sabe que voy á marcharme, y no obstante no se halla aquí para que me despidiera de él.

—¡Ahí le tenéis!—dijo haciendo un gesto de disgusto la anciana que servía de criada al pescadero.

Presentóse, en efecto, el antiguo pescadero, vestido con una blusa azul rota por los codos, remendada por muchos sitios, llena de polvo y barro que aún no estaba seco, y recogido todo sin duda en el fondo de alguna zanja, porque el cielo estaba muy despejado y el barómetro fijo en el buen tiempo.

El estado de aquel desdichado, su canción y su voz vinosa y cascada no podían ser más lamentables.

Al atravesar la carretera por en frente de la puerta de su casa, lo hizo describiendo una serie de arabescos en vez de seguir la línea recta de la que era un decidido adversario.

Paróse al ver el carruaje delante de la puerta de su casa, y trató de ponerse derecho, pero sus piernas no le obedecieron y se acercó tambaleándose y llevando la mano al agujereado sombrero.

—Servidor vuestro,—balbuceó,—dispensadme... me fui á tomar el sol... no esperaba visitas... desde que esa guapa chica está aquí, viene mucha y buena gente á verla.

—Adios, abuelo,—dijo Rosa poniéndose tan encendida como la grana y ardiéndola el rostro con los colores de la vergüenza.

El borracho se llevó las manos al bolsillo y buscó en ellos con aire de consternación.

—Hubiera querido,—dijo, hacerte un regalo, pero no tengo ni un céntimo, hija mía; todo me lo bebí, y me quedé sin blanca. Y ahora que lo pienso, no necesitarás nada puesto que arrastras coche. ¡Diablo! Eres hermosa como un sol, y te aseguro que no te ha de faltar nada, tendrás todo lo que quieras.

—Adiós, abuelo, lo mejor que podéis hacer es marcharos á dormir.

—Tiene razón la chica; parece que las nieblas me obscurecen los ojos y que tengo pe-

sada la cabeza: dormir es una cosa muy buena, pero el beber es mucho mejor. Adiós.

Echóse sin más cumplimientos en el talud cubierto de hierba al lado de la casa, y balbuceando repitió su estribillo:

—¡Raza de bastardas!

—Vámonos,—dijo Jorge deseando terminar aquella escena que impresionaba dolorosamente á la joven.

Mientras tanto Mariana tiraba con violencia del brazo del viejo, que se había quedado completamente dormido con ese sueño le-tárgico propio de los borrachos y le daba voces diciéndole:

—¡Es una mala vergüenza lo que estáis haciendo! ¡Un hombre de vuestra edad! ¡Y delante de gente extraña y de vuestra nieta!

El borracho cuidábase tan poco de los extraños como de una brizna de paja, y continuó roncando lo mismo que un abejorro.

Desde lejos despidióse Marta de Rosa enviándola un beso con la punta de los dedos, y el caballo arrancó llevándose tras sí el carruaje lo mismo que si le pesase tan poco como una pluma.

Echóse Rosa á llorar no pudiendo contenerse, y Jorge se conmovió al ver su pena.

—¿Por qué os afligís de esa manera?—la preguntó con acento cariñoso.

—Sí, tenéis razón, me affijo demasiado; pero es porque ese espectáculo me apena mucho, muchísimo.

Un sollozo, que no quiso contener, hinchó su pecho de escultural forma.

—La miseria no es nada y se sufre con resignación,—dijo;—pero el presenciarse esas escenas y oír lo que me dicen, es superior á mis fuerzas. ¡Hasta mi abuelo, ya lo oísteis, me cree lo mismo que los demás, capaz de cualquier cosa, y sin embargo!...

Prefirió callarse porque iba á añadir:

—Bien sabe Dios que no merezco esas injurias.

A los pocos minutos, y al acercarse á las primeras casas de Trouville, secóse las lágrimas que humedecían sus mejillas, é hizo un esfuerzo para tranquilizarse y sonreír.

—Esa es una de las desgracias que suceden á los que no son ricos,—dijo la joven,—nadie quiere creer que una mujer pueda ser honrada cuando no tiene bienes de fortuna. No pensemos más en semejante cosa.

—Podéis contar con mi adhesión y estad segura de que jamás os faltará mi amistad.

—¡Ah! ¿Y qué queréis que se figuren? ¿Por qué os interesáis por mi madre y por mí? El señor Montel tiene razón y es preferible que no volvamos á vernos. Quedaos en vuestra esfera y nosotros en la nuestra.

—Veo que hoy son muy sombríos todos vuestros pensamientos.

—Es cierto, jamás fueron tan sombríos como hoy al marcharme de estos lugares.

—¿Y por qué?

Dió el coche la vuelta alrededor del patio de la estación, y al pararse delante de la puerta, Rosa cogió su equipaje, que se reducía á un poco de ropa blanca envuelta en